

LETRAS

Letrillas

LETRONES

DIARIO INFINITESIMAL AUTORRETRATO

He resuelto volver a trazar este autorretrato, ya dibujado hace años, con dos propósitos, ponerlo al día enmendando algunas pinceladas y situarlo al alcance de la indiferencia de las nuevas generaciones. He aquí la lacónica acuarela.

Me gustan los trenes y los hoteles breves, ver desarrollarse el paisaje en los viajes por tierra y el arroz con chícharos en las fondas mexicanas.

Y el limpio y recién nacido olor del pasto recién cortado, y las grietas del pavimento que yo también evitaba de niño al caminar, el ejemplo de Kant del vuelo de la paloma y los popotes de papel.

Y el solo de flauta al comienzo del *Teniente Kijé* de Prokófiev, que me trae memoria de alegría infantil, y las puertas ocultas en librerías o chimeneas.

Me gustan la Diet Coke, el queso de Cotija, el vuelo de helicóptero del colibrí y los dibujos de las demostraciones geométricas.

Y los tonos de verde en las translúcidas hojas de plátano heridas por el sol y la *Vida del doctor Johnson* que a lo largo de la suya propia fue redactando el entusiasta Boswell y el rechinado de la madera de las carabelas en el silencio de la noche, sobre todo en las películas de piratas.

Me gusta sentir en la punta de los dedos la textura de los cuadros y ya he tenido problemas por eso en galerías y museos.

Y las obras de teatro donde aparecen submarinos y la capacidad de exagerar que exhibe la cultura china.

Y el sabor de la alcachofa y la trabajosa manera de engullir las hojas y su forma, que recuerda al pangolín, y decir que algo parece una alcachofa. Y estimar que en una caja de zapatos se guardan hasta 150 metros cuadrados de seda fina.

Y me gustan las escenas con lluvia en los grabados en madera de Hokusai e Hiroshige y el modesto color de las bolsas de pan y el lugar donde se tocan la mandíbula, el cuello y el lóbulo de la oreja, sobre todo en las mujeres.

Y me gustan los anteojos que ven a través de las paredes y las manzanas que todo lo curan y que, una vez mordidas, se regeneran y vuelven a ser como antes eran y los caballos blancos que vuelan y los ríos que hablan y cuentan historias y las islas vivientes, siempre peligrosas, y los genios encerrados en botellas.

Me gustaría que hubiera llantas de colores, sin nada de ese municipal y espeso negro humo de las actuales, y osos enanos y que un iceberg flotara inexplicablemente en una alberca olímpica con trampolín de diez metros y que una de la dramáticas y esforzadas figuras de un cuadro del Tintoretto saltara de la tela al suelo cantando una aria de ópera.

Me gustan los trompos y los giróscopos y los acueductos y las cucharas de madera, y me gusta pasear por malecones al atardecer, bajar las escaleras y la novela *El misterio del cuarto amarillo*.

Y también me gusta la timidez de los adolescentes, los trapecistas de circo, las

ilustraciones donde aparecen pájaros dodo y las peleas de box que gana el que va perdiendo.

Y me gusta inventar silogismos, *todos los gordos tienen clorofila*, y la rosa de los vientos y los imanes y los diccionarios con entradas como: “*Andábatas*, gladiadores que en la antigua Roma peleaban con los ojos cerrados, celdas sin visera, juego de muchachos casi como el que ahora usan llamado de la gallina ciega”.

Me gustan las cestas, los quitasoles japoneses, los cántaros con agua fresca y la reticencia apasionada de Fauré, las torres con relojes redondos y los ojillos maliciosos de Charles Laughton, el gran bodoque gesticulante, mi actor predilecto, junto a Louis Jouvét.

Me gustan las jaulas pajareras, el color amarillo huevo, la trenza que usaban los chinos, los pericos, que un horrendo pistolero le diga a otro gángster antes de sacar su pistola *Hola, muñeco* en un cuento de Chandler.

Y la frase del severo y genial Mondrian “las curvas son demasiado emocionales” y los faros en la playas donde no hay nadie y los majestuosos ceniceros de pie, los clips de colores, las tijeras, la pimienta de grano grueso, el acero inoxidable.

Me gustan las cartas de baraja, sobre todo las antiguas, y me gusta una metáfora donde se use la palabra “escolopen-dra” y que se aviente arroz en las bodas y cómo se sacuden el agua los perros mojados e imaginar cómo podría ser la tierra si no fuera redonda.

Me gusta tomar complejo B y los caballos de carreras de patas finas y el timbre del violonchelo y Arturo de Córdoba en papel de loco y la manera de caminar de las palomas, moviendo la cabeza hacia delante y hacia atrás.

Me gusta la palabra “pingüino” tanto como el contoneante trozo de realidad que nombra. —

— HUGO HIRIART

HISTORIA

ATANDO CABOS GUADALUPANOS

Los historiadores aprovecharán de seguro el bicentenario de la Independencia de México para despejar dudas sobre los orígenes mundanos del culto a la Virgen de Guadalupe, tan caro a las heroicas gestas nacionales. Presentamos a continuación algunos datos fiscales y militares que solicitan su incorporación a la narrativa oficial.

Primero, la fecha 12 de diciembre, la cual ningún historiador laico, ni devoto, ni mixto ha explicado con datos ajenos a los de la leyenda de las apariciones (del 9 al 12 de diciembre de 1531). El acertijo consiste en que la fecha de celebración de la Virgen María (de la que Guadalupe es advocación) es el 8 de septiembre. ¿Cuál es el motivo de que el clero novohispano haya elegido el 12 de diciembre? He aquí una pista: en la reseña del primer viaje de Cortés a España (1528) José Luis Martínez informa:

Cortés aprovechó su estancia en España para hacer varias gestiones relacionadas con la iglesia novohispana. Según Antonio de Herrera, [Cortés] negoció para el obispo de México, fray Juan de Zumárraga, merced de los diezmos eclesiásticos a partir del 12 de diciembre de 1527 y hasta que se declarasen los límites de su obispado, para ayuda de sus obras [Hernán Cortés, UNAM-FCE, 1990, p. 516].

Esta es la única referencia histórica a la fecha 12 de diciembre digna de celebración, acaso un balbuceo independentista. Zumárraga llegó a México un año después, el 6 de diciembre de 1528. Se ignora si la elección retroactiva del 12 de diciembre de 1527 conmemora algún acontecimiento previo, acaso la curación de Cortés de la picadura de un escorpión en Yautepec. Antes de su primera entrevista con Carlos V en 1528, Cortés peregrinó al santuario guadalupano de Extremadura y depositó ahí la figura de un escorpión fundido en oro e incrustado de piedras preciosas en agradecimiento por su salvación. La primera referencia a este exvoto figura en *Historia de Nuestra Señora de Guadalupe*, de fray Gabriel de Talavera, Toledo, 1597.

Segundo, el socorrido topónimo “Tepeyac” no aparece en ninguna fuente temprana. Cortés y Bernal dicen “Tepeaquilla”. Este último añade: “donde solía estar el real de Gonzalo de Sandoval”. El glifo del Códice de Tlatelolco, aducido como evidencia de la existencia del sitio llamado Tepeyac, corresponde a Tepeyácac (Tlaxcala). Los informes de la polémica Bustamante-Montúfar (1555-1556) mencionan “Guadalupe”. Sahagún (hacia 1576) dice “Tepeácac”. Chimalpahin (fines del XVI, principios del XVII) menciona “Tepeyácac”. El sermón de Luis Lasso de la Vega (1649), origen de las conjeturas sobre la autoría de un texto original náhuatl de mediados del XVI, también menciona “Tepeyácac”. Todo indica que la contracción “Tepeyac” debió haber aparecido no antes de la segunda mitad del XVII.

El detalle importa porque los topónimos “Tepeácac”, “Tepeaca” y “Tepeyácac” son originarios de Tlaxcala. Tepeácac fue la ciudad principal del extenso señorío de Tepeyácac. Su relevancia para la conquista está ampliamente documentada. Cortés fundó ahí Villa Segura de la Frontera y preparó la Conquista después de la Noche Triste y de la decisiva batalla de Tepeaca, comandada por el guadalupano Gonzalo de Sandoval. El jesuita Xavier Noguez, al mencionar



Los misterios del Misterio.

“Tepeaquilla”, dice: “locativo hispano-náhuatl que denota un pequeño Tepeaca, quizá para diferenciarlo de un ‘gran’ Tepeaca o Tepeyacac en el estado de Puebla” [entonces Tlaxcala] (*Documentos Guadalupanos*, FCE, 1993).

Tercero, las conjeturas sobre la existencia de un adoratorio sacrificial a Tonantzin en “Tepeyac” en tiempos prehispánicos provienen de informes recogidos por Sahagún hacia 1576, más de medio siglo después de la conquista. Es extraño que los códices nahuas, las crónicas antiguas y la investigación arqueológica no proporcionen evidencia. Tampoco hay referencias sobre asentamientos humanos ahí antes de la conquista. Si hubiera habido alguno, Gonzalo de Sandoval lo hubiera desalojado para instalarse con su ejército tlaxcalteca, y Bernal lo habría reportado. Lo más seguro es que el sitio estaba deshabitado.

Donde sí había un adoratorio a Tonantzin era en la Tepeaca de Tlaxcala. Cortés puso en su lugar un adoratorio a la Virgen María y los franciscanos erigieron después un templo anterior a los erigidos en el valle de México. En la vecina Chiautempan había un adoratorio a Toci, madre de Tonantzin, suplantado luego por uno a Santa Ana, madre de María, de ahí el nombre Santa Ana Chiautempan. Los informes recogidos por Sahagún

sobre un adoratorio a Tonantzin en Tepeaquilla, donde se realizaban sacrificios humanos, bien pueden referirse a los sacrificios practicados por los tlaxcaltecas durante la guerra de conquista. Los informes de sacrificios e ingesta de carne humana por tlaxcaltecas y otros grupos durante la guerra abundan en las crónicas de la conquista. López de Gómara: “En esta celada [...] murieron quinientos mexicanos y quedaron presos otros muchos. Tuvieron bien qué cenar aquella noche los indios nuestros amigos. No se les podía quitar la costumbre de comer carne de hombres.”

No hay evidencia, pues, de que los nombres “Tepeaca”, “Tepeácac”, “Tepeyácac” y “Tepeaquilla” sean originales de Tenochtitlán. Todo indica que son nombres trasladados desde Tlaxcala por los hechos de la guerra. Tepeaquilla sería una segunda Tepeaca, así nombrada en honor a la guerra del mismo nombre (1520) y a la alianza resultante de españoles y tlaxcaltecas. Jacques Lafaye conjetura que Sandoval pudo haber puesto en Tepeaquilla la primera imagen de la Guadalupe de Extremadura (*Quetzalcóatl y Guadalupe*, FCE, 1976). Se explicaría así el origen de las primeras limosnas y legados a la Virgen de Guadalupe en ese sitio. Sandoval fue el único conquistador considerado irrecusablemente honesto por el resto (Bernal).

Cuarto, la atribución del canto de las apariciones guadalupanas (*Nican Mopobua...*) a un autor náhuatl por diversos historiadores carece de base. James Lockhart escudriñó toda la documentación conocida en náhuatl de los siglos XVI y XVII y concluyó:

Si se supone que un importante templo consagrado a una diosa madre había estado realmente en ese mismo lugar [...], el culto de la Virgen de Guadalupe [habría tenido] firmes fundamentos tanto entre los españoles como entre los indígenas. Sin embargo, [el culto] no se difundió rápidamente por el centro de México durante el siglo XVI ni a principios del XVII. La Virgen de Guadalupe no es mencionada en los

materiales en náhuatl que conocemos actualmente y que se originaron más allá de los alrededores de la ciudad de México en el tiempo anterior a la publicación de su historia por Lasso de la Vega en 1649 [...]

Chimalpahin hace referencia a ella [...] sólo en tres ocasiones, todas las cuales [...] tienen que ver con funcionarios españoles de alto nivel [...] Nada de lo que dice Chimalpahin implica que el culto a la Virgen de Guadalupe estuviera principalmente destinado a los indígenas o fuera llevado a cabo por ellos [...]

Eran los hispanos los que tenían una conciencia común, y es de ellos que debemos esperar la primera necesidad de un santo nacional. De hecho, ya hemos visto que los españoles nacidos en México estaban muy interesados en el culto de la Virgen de Guadalupe a mediados y finales del siglo XVII, y es probable que hayan sido ellos los que crearon [...] la historia de su aparición en la forma en que la conocemos actualmente [*Los nabuas después de la conquista*, FCE, 1999].

La información permite valorar la importancia de los hechos militares y las disputas fiscales de la iglesia novohispana con la Corona como bases firmes del origen y difusión del culto a la Virgen de Guadalupe en México. Los conquistadores eran extremeños devotos de la Guadalupe de Extremadura, culto nacido en el siglo XV en Las Villuercas durante la guerra contra los moros. La monarquía mandó erigir ahí el monasterio de Guadalupe, encargado a los jerónimos, que eventualmente fungió como banco de la Corona. Los alrededores del monasterio están poblados de nopales, acaso llevados desde México por Cortés.

Los jerónimos representaron el reclamo español por las limosnas y legados a la Guadalupe mexicana y a otras imágenes guadalupanas en Sudamérica. Los primeros legados a la Guadalupe mexicana (a partir de 1537) provienen de españoles de Colima leales a Cortés. Colima fue conquistada por Sandoval.

Las noticias de apariciones guadalupanas en otros sitios de México están vinculadas a campañas de Sandoval. La polémica Bustamante-Montúfar sobre las apariciones se inscribe en el contexto de la presión fiscal de la Corona sobre sus posesiones en el nuevo mundo. El frenesí guadalupano criollo iniciado a mediados del XVII es paralelo a la guerra de Cataluña y otros disturbios regionales españoles contra la Corona. El inicio de la guerra de Independencia en 1810 tiene claros antecedentes de presión fiscal española e impulsos de autonomía regional en España misma.

Cabos sueltos: 1. Falta investigar la continuidad del apellido que culmina en Luis Lasso de la Vega. El primer Lasso de la Vega en México es el paje de Cortés, Pedro Lasso de la Vega, homónimo del líder de la revuelta de los comuneros en España, paralela a la conquista de México. En su primer viaje a España, Cortés se hospedó en casa de los Lasso de la Vega en Toledo. Es tentador pensar que su paje fue hijo del líder comunero (hermano del poeta Garcilaso de la Vega) y de la misteriosa Elvira, heredera de Cortés. Cortés fue acusado de coordinar la conquista con la revuelta comunera. Su paje murió siendo capitán de la expedición a las islas Molucas a los veintidós años en 1527.

2. Gabriel Lobo Lasso de la Vega (c. 1553-1615), autor del poema épico “Primera Parte del Cortés Valeroso y Mexicana” (Madrid, 1588), amigo del hijo y del nieto de Cortés en España. Al parecer, nada de esto tiene que ver con el viejo lobo Porfirio Alejandro Muñoz Ledo y Lasso de la Vega, autor de la épica fantástica “Yo y la Valerosa Transición a la Democracia Mexicana”.

3. Miguel Sánchez, autor de *Imagen de la Virgen Madre de Dios de Guadalupe*, publicado en México en 1648, base del sermón de Luis Lasso de la Vega. Es curioso que Miguel Sánchez sea también el nombre del pastor a quien la Virgen María se habría aparecido en Extremadura (William A. Christian, Jr., *Apparitions in Late Medieval and Renaissance Spain*, Princeton, 1981). —

— RAMÓN COTA MEZA



La evolución de las teorías.

CIENCIA

DARWIN EN EDIMBURGO

En marzo de este año (*Letras Libres*, núm. 123) hicimos un breve recorrido por las localidades que en el Reino Unido definieron la carrera científica y literaria de Charles Darwin. Ahora detengámonos un momento en el sitio donde dio inicio todo, Edimburgo. Hoy en día es como cualquier otra ciudad, llena de hoyos y “zonas de combate” urbano donde se libran batallas para mantener el flujo. Pero en los días de Darwin se respiraba en el ambiente aquella tormentosa personalidad doble que Robert Louis Stevenson descubriría más tarde en la idiosincrasia local, luego de sus correrías por las calles de la vieja y la nueva Edimburgo.

Sabemos que fue aquí donde Darwin abandonó la medicina decimonónica, el momento de su vida en que empezó a tratar de entender el sentido de su propia búsqueda luego de tomar lecciones de taxidermia con John Edmonstone, el ilustre naturalista negro que conocía historias en las que sucedían cosas hasta cierto punto extraordinarias. En el tren que me trajo de Londres a Edimburgo venía un grupo numeroso de biólogos que se habrían de reunir en la universidad de la ciudad con objeto de intensificar sus discusiones sobre “darwinismo”. Es curioso que ahora conozcamos los postulados de la evolución orgánica como propios de alguien que apenas los comenzó a entender cuando llegó a estas calles escocesas, ideas que ya se ventilaban de tiempo atrás, al menos en el medio intelectual en que Darwin se movía.

Por ejemplo, la prueba de que las diferentes formaciones que se observan en la Tierra no habían sido el resultado de un solo diluvio sino la consecuencia de procesos geológicos diversos y continuos la ofreció James Hutton a principios del siglo XIX, mientras que en 1824 Sadi Carnot mostró que con el tiempo, tarde o temprano, todas las partes del Universo tenderán a igualar sus diferentes energías. No permanecerán iguales a su estado inicial, cambiarán con el transcurrir de las cosas y las interacciones. Esto sin contar que años antes ya se consideraba la evolución cósmica como un hecho: Laplace había anunciado su teoría nebulosa en 1796 y aun antes Kant se refería a ello en sus fundamentos metafísicos sobre las ciencias naturales de 1786.

Tales ideas eran conocidas en el medio donde Darwin empezaba a tender al diletantismo. No es ocioso insistir en sus inclinaciones literarias, pues el relato puede ser tan poderoso y persuasivo como la realidad misma, no importa si está en verso o en prosa. Cuando se tiene algo que contar, finalmente llegará a los oídos adecuados. John Edmonstone era un ejemplo vivo de ello, dado que hablaba de Heráclito y estaba convencido de que todo cambia y todo pasa, si bien la totalidad permanece. De esa manera Darwin inició su peregrinaje, gastando las calles empedradas de Edimburgo, recolectando pedazos de realidad en las costas de Portobello y más allá, decidido a encontrar una manera honesta de explicar cómo surgimos de “los rudimentos de la forma y el sentido”, según el verso de su ilustre abuelo, Erasmus Darwin, el cual aparece en su poema “El Templo de la Naturaleza” (1803).

Ya en su segundo año en esta ciudad había desechado la medicina como una forma de vida y la geología le parecía un exceso. Pero, en vez de deprimirse y no hacer nada, empezó a examinar la realidad que tenía enfrente junto al prominente biólogo evolucionista Robert Edmund Grant. Fue este quien le enseñó claves sobre los ciclos vitales de diversas especies marinas costeras que luego fundamentarían su propio relato. De hecho, al cabo del tiempo su persistente labor

de novelista empedernido y su meticulosidad por descifrar lo que ocasiona la evolución de los organismos vivos lo enfrentaron con sus viejos maestros e inéditos adversarios, quienes lo acosaron, por el resto de sus días, desde que publicó *El origen de las especies*, en 1859.

Es pertinente señalar aquí que, dos años antes de la publicación del libro de Darwin, Herbert Spencer admitía la evolución natural de las lenguas y rechazaba por tanto la idea de un implante supernatural o artificial. Pero lo que lo mantuvo firme en su juventud, cuando no se imaginaba los dilemas que habría de enfrentar, por ejemplo, la sorpresiva y saética conjetura de Alfred Russel Wallace o los argumentos de su esposa Emma sobre la salvación de su alma, fue la búsqueda de un estilo, de una voz. Edimburgo, antes que Cambridge, le dio herramientas para forjar su compromiso social más que académico. Se ha dicho que si Darwin hubiera optado finalmente por guardar sus papeles y no publicarlos, otro habría postulado la teoría de la evolución, quizás el mismo Wallace. Y ahora estaríamos celebrando el “wallacismo”. Probablemente, aunque hoy no nos resta más que apreciar la capacidad de Darwin de actuar en lugar de permanecer indolente. Como dice el filósofo de la biología Carlos López Beltrán, su virtud consiste en que lo mismo explica lo funcional y útil (el mimetismo, la simbiosis) que lo aparentemente ocioso e inútil (el apéndice humano, los ojos de los topos ciegos, las alas del avestruz).

Tal vez Edimburgo haya tenido algo que ver en la germinación de ciertas ideas poco consideradas en el pensamiento de Charles Darwin. Se pondera, desde luego, su capacidad (así como la de Wallace) de articular una teoría a partir del estudio de algunas especies en su medio natural, su distribución geográfica y sus similitudes con otras especies. Pero no se comprende bien que estas ideas aparecieron en una época en que el capitalismo industrial era ferozmente competitivo y en que el individuo debía prosperar con base en su capacidad empresarial, como si esta fuera un músculo a dominar. Darwin difería en forma

radical de tales principios, no sólo por el obvio argumento de que ninguna sociedad de ese tipo puede contener muchos empresarios exitosos, pues el éxito de unos cuantos está basado en las necesidades y debilidades de muchos. Difería sobre todo porque sus conclusiones, al igual que las de Wallace, reconocían el papel del azar en el desarrollo biológico (natural) de las especies.

Sin embargo, estaba lejos de entender o siquiera intuir los verdaderos mecanismos de la herencia que un desconocido monje (Gregorio Mendel) estaba descubriendo en el claustro de Brno, Moravia. Tanto Darwin como los criadores de especies domesticadas pensaban erróneamente en un fluido interno que permitía la mezcla de caracteres. De hecho, la propuesta de Lamarck sobre la forma como se heredaban los caracteres adquiridos parecía más coherente en ese entonces, pues la afirmación de Darwin de que procedemos de un antepasado común podía ser refutada, como lo hizo el zoólogo Richard Owen, arguyendo que en realidad podría tratarse de variantes producidas en respuesta a diferentes entornos. Todo esto fue aclarado cuando a lo largo del siglo XX se descubrieron los genes y el ADN, y se desarrolló la genética.

Poco se ha dicho de los años formativos de Darwin en Edimburgo. Muchos historiadores de la ciencia coinciden en señalar que si la medicina lo decepcionó, la geología lo hizo renunciar a ese mundo académico y lanzarse de lleno a contar las historias que los organismos y las formaciones geológicas tienen para decirnos. Quizá su obra no sea más que una respuesta a la obsesiva búsqueda de perfección y progreso unidireccional, la necesidad industrial de ser más eficientes a fin de obtener las mayores ganancias posibles en el menor tiempo.

Biólogos contemporáneos como Richard Lewontin estarían de acuerdo en señalar que quienes defienden paralelismos entre los argumentos de Darwin con respecto al papel de la selección natural y la teoría económico-social dominante en esos días no toman en cuenta la diferencia fundamental entre lo que el naturalista

deseaba comunicar y la economía política imperante, mencionada antes, esto es, que ninguna sociedad por más próspera que haya sido permitió nunca realmente seleccionar a los más aptos. Así, lo que la teoría de Darwin y Wallace trata de demostrar es cómo operan la adaptación y el éxito en términos biológicos de una especie (aunque ahora sabemos que es más realista hablar de poblaciones de especies) como resultado de la desaparición de los menos aptos.

Si una especie evita llegar a ser muy numerosa y no acaba con sus fuentes de energía y alimentación, entonces tampoco hay razón para no pensar que todos los individuos de esa especie serán igualmente aptos. Según Lewontin, algo inesperado en la teoría darwiniana-wallaciana es descubrir su habilidad de adaptar una teoría que ya estaba ahí, y cuyo propósito era explicar el éxito de unos pocos, convirtiéndola en una teoría sobre el triunfo de la mayoría. No sabemos si Darwin y Wallace estaban conscientes de semejante desafío pero caló hondo en las raíces del egoísmo decimonónico.

En particular Darwin cimbró el pensamiento biológico y cortó las raíces del pensamiento prelógico y animista al poner en tela de juicio lo que significa la vida, desde luego a través de sus argumentos científicos pero también mediante su gusto por el relato literario, adquirido en sus días de Edimburgo. Mirar hacia la ciudad desde las suaves colinas de Portobello permite tomar un respiro y tratar de adivinar cuáles de las historias que dan vida a su obra le permitieron evitar el olvido y decidirse a publicarlas, a pesar de los terribles augurios sobre el destino de su alma. —

— CARLOS CHIMAL

MEDICINA FUGACIDAD

Algunas personas suelen hablar de la fugacidad de la vida. Quienes más lo hacen son los viejos y los enfermos. En esos grupos, la cortedad de la vida y la salud

trastocada transforman el tiempo en conciencia. Todo lo que parecía lejano se vuelve cercano. Mucho de lo que sonaba improbable se hace palpable. La imposibilidad para detener el tiempo se torna evidente y la evidencia de las pérdidas se convierte en dolor.

Fugacidad es sinónimo de impotencia y antesala de una realidad con frecuencia cruda, casi siempre triste. “Demasiado pronto en la vida me di cuenta de que ya era demasiado tarde.” Así comienza *El amante*, la novela en que Marguerite Duras retrata la fugacidad del amor, la persistencia del tiempo. “Demasiado tarde”, escribe Duras. Demasiado ayer, sueñan algunos muertos. Lo efímero no es condición del tiempo, es condición del ser humano y de la muerte que siempre se renueva, que nunca deja de morir. Sabemos que la vida inventa la muerte pero nunca sabremos quién inventó el tiempo.

Durante la juventud se piensa poco en el tiempo. Lo mismo sucede cuando se tiene salud. No hay fechas lejanas. El tiempo no caduca. Las fechas de los calendarios de los jóvenes y de los adultos sanos no amenazan. Se programa la vida. Se escogen los días. Y las semanas. Y los meses. Y los años. Y todo lo relacionado con el color de la vida. No hay conciencia del tiempo. No hay abismos.

Algunos viejos reparan en la fugacidad de la vida. Entienden que el tiempo no regresa. Nada pueden hacer para manipularlo. Los abismos son profundos, y la hondonada más lejana, inalcanzable; muchas simas son inescrutables. El peso de los años, y sus consecuencias negativas, impiden enfrentar esos abismos. La certeza que acompaña la frase “los límites de la vida” abandona el terreno de las palabras y se convierte en realidad.

Recuerdo la voz de un viejo sabio: “El cansancio y el silencio me agobian. La voz cansina que responde cuando pregunto es la mía.” Lo interrogo: “¿Es la voz que regresa del barranco la que responde?” “Sí, es mi voz. Es el deseo de autoengañarme, de modificar lo inmodificable.” Lo interrogo de nuevo: “¿Puede

su voz trastocar la esencia del tiempo?” “No, nada puede contra lo efímero de la vida.” “¿Carpe diem?” “¡Carpe diem!”

Recuerdo también lo que escribí Vladimir Jankélévitch en *Pensar la muerte*: “El envejecimiento engloba dos cosas que no están ligadas en absoluto una con la otra. Es la irreversibilidad del futuro, que es el pathos fundamental de la existencia, fuente de lamentos, de los más bellos cantos, de la poesía que más nos toca, la más impactante. Pero eso no basta, porque el devenir podría ser irreversible, ir siempre en el mismo sentido, sin retornar nunca sobre sus pasos, y renovarse continuamente. Entonces es precisa otra cosa [...] que hace que cada existencia posea cierto ritmo que viene en líneas generales de la longevidad media de la especie [...] la vida humana, tal y como la conocemos, y todo lo que la compone están acordados sobre una cierta duración media.”

Los enfermos hablan de la fugacidad de la vida por otras razones. La vida deja de marcar el paso; la enfermedad determina la cadencia de la marcha. Las hojas de los calendarios caen con rapidez. El curso del tiempo no lo establecen ni el deseo ni la voluntad; es el peso de la patología el que toma las riendas. El tiempo se convierte en amigo o enemigo. Depende de las circunstancias de la enfermedad: del alivio o del empeoramiento, de las heridas del alma, de la devastación de los órganos, de la brevedad del tiempo y de un largo etcétera cuyo último punto antes del final es la innegable presencia de la muerte. Lo efímero depende del deseo de lo que se tiene frente a la crudeza de lo que falta.

Se repara en la fugacidad de la vida cuando la inclemencia del tiempo azota. Enfermos y viejos intentan, en vano, aprehender el tiempo; saben que les pertenece menos. Son víctimas del doloroso proceso de exclusión. La trillada frase “el tiempo no perdona” es cierta. Copio una nota de un paciente: “Arrancar pedazos de negrura a la negritud.” Sí, es cierto: la oscuridad es infinita, carece de límites. Por eso se han escrito incontables reflexiones. Reabro el libro de ensayos *The Crack-up*

de Francis Scott Fitzgerald, víctima de sí mismo, de su alcoholismo y de la trágica historia de su mujer, enferma mental que murió durante el incendio de la clínica donde estaba confinada: “Toda vida es un proceso de demolición.” Ante la vida que se va, la imposibilidad para capturar los instantes se hace evidente. Las pequeñas certezas que construyen los significados de la existencia desaparecen.

La fugacidad, lo fugaz – “Que huye y desaparece con velocidad. De muy corta duración” – es un elemento de la vida independiente de la voluntad del ser humano y de sus características. Se nace y se vive con ella. Su interpretación, como la de los viejos y los enfermos, depende de la mirada de cada persona. La percepción del tiempo difiere entre un individuo y otro; la fugacidad la determinan múltiples circunstancias.

La última carta de los prisioneros políticos y los mensajes póstumos de los suicidas pueden resumir en unas palabras toda una vida. El tiempo se convierte en polvo, y la persona, en las postreras palabras de esas cartas o de esos mensajes. No existe la idea del abismo. La nada se apersona. La muerte del tiempo se convierte en la última prueba, en la idea que retrata la fugacidad de la existencia. Otra nota, esta vez de un viejo enfermo derrotado por los años: “Tierra de mi tierra. Es la última vez que te escribo. Lo hago igual que ayer: Con las palas que cavan hondo, con las palabras que cuentan la historia de mi tierra.”

No existen antídotos contra la fugacidad de la existencia. No podría ser de otra forma: lo mismo sucede con su majestad la muerte. Algunos escriben, otros pintan, hay quienes bailan, muchos intentan decir algo, dejar algo. Un papel en las iglesias o en los templos. Una piedra como recuerdo de una visita en las tumbas de los judíos. Un pan en los cementerios cuando llega el Día de Muertos. Un beso en los labios del amado recién fallecido. Nada sirve. La nada es inmodificable. Esas acciones acompañan, atemperan, evocan. Algunas veces mitigan. Nada más. Ejemplo paradigmático es lo que sucedía en la Rusia estalinista con los

prisioneros de las islas Solovetski: los celadores mataban a tiros a las gaviotas para que no se llevaran los mensajes que los reos ataban a sus pies.

La vida es fugaz. Huye. Rezuma dolor. Desaparece. Es corta. Se escurre entre los dedos. Se escurre entre las palabras. Se escurre cuando la fugacidad puede más que la vida. –

– ARNOLDO KRAUS

TRÁNSITO COLISIÓN!

De los momentos de gloria del Reintegro, uno de los mayores fue el choque al que lo induje en la zona de Observatorio, allá en el año de 94. Conocido también por el nombre cifrado de Erre, el Reintegro era un Datsun 82 en perfecto estado de descomposición. Del tipo *batchback*, era plateado por fuera, azul cielo y amarillo por dentro. Aunque abundaba en detalles, recuerdo dos de especial interés. El primero, que en torno a la palanca de velocidades faltaba el hule, la funda maleable que separaba la atmósfera interior de la exterior. Por el boquete podía descender la vista, apreciar en movimiento las estelas del asfalto, en tanto que, en sentido contrario, el fresco aire nos mantenía ventilados y, en su caso, humidificados. El segundo, que por falta de un soporte el mofle colgaba en toda su parte media y, al modo de entonadas campanas, o de latas, repiqueteaba. “Motor dos litros transversal, escape al piso”, decíamos.



El cuerpo del delito.

No me extendo en descripciones. Agregaré tan sólo que en materia de instrumentos, ninguno funcionaba. De los faros, uno tenía años de extinto, dos más eran de baja intensidad y el potente, el busca-ovnis, miraba al infinito. Las ventanillas bajaban, pero sólo si el interesado encontraba en el piso la manija universal que, una vez colocada, ponía a girar el sistema. Finalmente, el difrónster debía mantenerse apagado, no fuera que saturara la cabina con densísima niebla, del olor del combustible, como de hecho pasó una vez, llevándonos a designar a la nave con el nombre peregrino de Vaporel.

Contaba yo por aquel entonces 21 años, frecuentaba la universidad y en tales condiciones me transportaba el Reintegro, sin fallar me nunca. En circunstancias normales cogía Reforma de vuelta a casa, pero esa noche dos compañeras, ambas *petite*, me habían pedido aventón, por lo que tomé mejor el Camino a Santa Teresa. El viaje progresó sin incidentes hasta Observatorio. Veía yo poco, sobre todo de noche, pero de ninguna manera me parecía que necesitara lentes, y la familiaridad con la ruta compensaba sin duda mis dioptrías. Cerca de Periférico, sin embargo, a la noche se sumó singular chubasco, y entonces sí sentí mermar mis capacidades. Hice cambio de luces, eché a andar los espasmódicos limpiadores y prendí, craso error, el difrónster, que a la brevedad convirtió al auto en sauna. Bien hubiera hecho entonces, como propone mi hermano en situación de ceguera etflica, en sacar por la ventana un bastón y guiar con él la marcha del incauto Reintegro, abriéndonos así paso por la cerrada noche. No lo hice, empero; muy a pesar de las mermadas condiciones visuales estaba de buenas y en ánimo de inspirar confianza.

De estos y otros asuntos se ocupaba mi mente cuando, al desembocar en Viaducto, el juguetón diseño y trazado de nuestras calles puso a prueba mi capacidad matemática. El planteamiento fue: si un carril de pronto es partido en su parte media por un camellón, ¿resultan de ello dos medios carriles o —capciosa pregunta— dos carriles completos? Descreer de Dios —quien, si tanto había

hecho por multiplicar pescados y decalifros, ¿por qué no haría lo propio en materia vial? — y de la Escuela Mexicana de Urbanismo —que con creces ha probado en cuestión de carriles que dos es igual a tres— fue una misma cosa. Pensé: “Ni a madrazos”, y di, intenso, el volantazo. Debo decir, en descargo de la ciudad, que no poco contribuyó el estado del Reintegro a mi cuita: desorientadas las luces, arrítmico y ondulante el fregar de los limpiadores, harto el vapor interior que emanaban mis copilotas y condensaba el parabrisas, el divisor camellón se hizo visible en el último momento.

Ahora bien, yo tenía por rumbo la colonia Nápoles, distante todavía, por lo que me pareció por demás natural —de acuerdo con mi programa de ruta y mi orientación— dar el volantazo a la izquierda, esto es, a los carriles centrales. Cuál no fue mi sorpresa, y cuántos no fueron los brincos de mis colegas, cuando las ruedas prendieron contra el camellón y el Reintegro alzó, ligero, el vuelo. Los autos a la izquierda —porque los había— vieron venir de pronto, de arriba a la derecha, prodigioso proyectil del color de la plata. Huyeron, yo los vi. Llevaron sus metálicas humanidades hasta donde el muro central lo permitió, viré yo el volante en sentido contrario (muy suelto y libre gracias a la falta de contacto con el suelo) y vino la colisión.

Los grandes espíritus se miden en circunstancias extremas. También los pequeños. Fruto de la reflexión, de hondos momentos introspectivos, mi moral me tenía prometido que, ante eventos de esta magnitud, haría lo correcto. Empero, en descubriéndome salvado del infortunio y a no malos cincuenta, cien metros; en percibiendo el suave contacto de los neumáticos con el mojado asfalto, y tranquila la noche, y en contrastando esto con mi idea de la escena del crimen, grata se me susurraba al oído la idea de, simplemente, seguir. No había, además, dónde pararse. Mis compañeras, por su parte, habían pasado del espontáneo insulto al más lívido de los silencios; miraban pálidas al frente y, ante tanta calma, no se sabían si vivos

cuerpos o espíritus, lo que me impedía ver en ellas señal ética alguna.

Una visión que nunca olvidaré, sin embargo, me detuvo. Lleno de sí y sereno —con el imperio de la criatura que, habiendo librado singular trance, recorre el solitario valle— marchaba el Reintegro cuando, intempestivamente, de entre los pliegues de la noche, apareció otro auto, y de la ventana del auto, asomada hasta las piernas, la mujer. Con los brazos en alto y agitándolos —el marido, espantadísimo como yo, la apuntalaba como podía—, gritaba fúrica y desencajada: “¡Imbécil, párate imbécil!”, y se retorció. El auto enemigo rugía y, para mayor efecto, cerraba el espacio considerablemente, de manera que la dama, de apariencia muy fea, me cubría con su sombra. Mis copilotas, por su parte, habían recobrado el habla y, en sentido contrario, exclamaban: “¡Pélate imbécil, pélate!”

Ante invitaciones tan persuasivas —las de la señora, por supuesto, y las más amistosas de mis colegas— tomé la primera salida, muy a la mano por casualidad, y quedé en la lateral. Honor a quien honor merece. El urbanismo chilango trabajó aquí a mi favor pues, tras la maniobra descrita, quedé yo de un lado del camellón, y el enemigo, raudo, del otro. Espantado todavía, pero persuadido, ante semejante despliegue de vitalidad, de lo inofensivo del choque, no lo resistí: palpé en busca de la manija universal, bajé el cristal y, con la vista adelante y sumo placer, sonreí. Sé que la dama me vio porque en ese momento pararon sus gritos y, estoy seguro, se paralizó.

Finalizo diciendo, en detrimento de mi narrativa, que —libre ya de impresiones sensibles— terminé por detenerme, veinte o treinta metros adelante. Los del Dart —pues tal era el auto— metieron larga reversa, tomaron la lateral y, ya mansos, se detuvieron detrás del Reintegro. Pese al estruendo, los daños habían sido mínimos y el agraviado marido se comportó como un caballero. No así mis compañeras, que jamás volverían a pedirme aventón y que, agraviadas, habrán contado lo aquí descrito con justificada indignación primero, y exagerando los hechos después. —

— IGNACIO ORTIZ MONASTERIO

VENEZUELA DE GALLEGOS A DUDAMEL

1 El primer presidente civil que tuvo Venezuela en el siglo XX fue elegido en comicios universales, directos y secretos efectuados en 1948. Fueron los primeros en toda nuestra historia como nación independiente. El elegido fue un antiguo maestro de escuela, el novelista Rómulo Gallegos. Nueve meses más tarde Gallegos fue derrocado por un golpe militar.

El derrocamiento y exilio de Gallegos —parte importante del cual transcurrió en México— siguió a un prolongado pulso entre jóvenes coroneles de la época y el ya más que maduro autor de *Doña Bárbara*. Los coroneles habían sido aliados del partido de gobierno, la incipiente y socialdemócrata “Acción Democrática”, AD, fundada en 1941 por Rómulo Betancourt. Juntos habían derrocado en 1945 al conservador general Medina Angarita.

Una de las primeras provisiones tomadas por la junta cívico-militar que se instauró entonces fue llamar en breve plazo a elecciones generales para designar un congreso constituyente en el que estuvieran representados todos los partidos políticos, incluido el comunista. La transmisión radial de las sesiones del congreso constituyente del 47 compitió en popularidad con las emisiones de la radionovela *El derecho de nacer*. La constitución redactada entonces refrendaba el mismo sufragio universal que, por decreto de la junta cívico-militar, la había hecho posible.

Los actos protocolares de la toma de posesión de Gallegos, en febrero del 48, tuvieron el doble cariz de fiesta popular y apoteosis intelectual. Un extraordinario festival folclórico, organizado por el poeta Juan Liscano, mostró por primera vez a una sorprendida Caracas las manifestaciones populares de todas las regiones de un país hasta entonces descoyuntado, desconocido de sí mismo. “La Fiesta de la Tradición”, que así se llamó el festival, fue para todos, según el ensayista venezolano

Mariano Picón Salas, “el descubrimiento espiritual de Venezuela”.

Decenas de intelectuales y artistas provenientes de treinta países se dieron cita en Caracas para la ocasión. El poeta Archibald MacLeish, amigo personal de Gallegos, encabezó la delegación oficial estadounidense. Una exposición de pintura moderna juntó a Amelia Peláez, de Cuba, con nuestro Armando Reverón. Con todo ello Gallegos buscaba subrayar el fin de la era de los gamonales y los cuartelazos y exaltar valores de civilidad y cultura. “No hemos salido de la tutela de broncos guerreros para vivir bajo el predominio de una casta militar privilegiada”, advertía en su discurso inaugural. Por un día, al menos, doña Bárbara pareció haber sido al fin vencida.

Pero ahora, en noviembre de 1948, los antiguos socios militares de AD resentían la sujeción al mundo civil, consagrada en la constitución, y procurada escrupulosamente por Gallegos desde el primer día. En consecuencia, emplazaron a Gallegos a permanecer como figurón en la presidencia, distanciarse de Betancourt y su partido, y dejarles a ellos las tareas de gobierno. Gallegos optó por poner a los coroneles ante un dilema: o gobierno civil o derrocamiento. Al negarse Gallegos rotundamente a ser un Bordaberry *avant la lettre*, los coroneles le cantaron el tercer *strike*.

Muchísimos venezolanos pensaron en aquel momento, y quizá lo sigan pensando, que Gallegos había sido un tonto, que nada le habría costado entenderse con los militares y permanecer en el cargo. Quizás ese modo de pensar fuera resabio de una historia política que, solamente en los primeros cien años como nación independiente, nos dio veintidós constituciones y más de ciento veinte pronunciamientos militares. Y muchísimos peles civiles de caudillos y espadones.

Con todo, aquellos pocos meses bastaron para fundar una tradición moderna venezolana que pudo resistir diez años de feroz dictadura militar. Esa tradición hizo indistinguibles la democracia política de la pluralidad cultural. Y a pesar de los accidentes políticos venezolanos



Rafael Cadenas.

del resto del siglo XX, la pluralidad y la libertad de creación llegaron a ser, una vez restituida la democracia en 1958, un atributo inconfundible de la misma. Hasta el día en que llegó el comandante y mandó a parar.

2 Diez años de dicerios contra la “república oligárquica” no han podido disminuir la mayoritaria convicción venezolana de que uno de los logros mayores de esa imperfecta democracia fue el desarrollo oportuno de políticas de Estado para el fomento de la cultura y la creación que no entrañaban ni dirigismo político partidista ni cortapisas ideológicas.

Así, junto a obras de infraestructura tan notables como el complejo cultural del Teatro Teresa Carreño o la nueva sede de la Biblioteca Nacional, pueden contarse iniciativas que, aun partiendo del Estado, no fueron perturbadas por la intolerancia ni el revanchismo que cabía esperar de un sistema representativo que derrotó en toda la línea a las insurgencias de la izquierda alentadas desde Cuba en los años sesenta.

La creación de editoriales estatales que, como Monte Ávila, incluyeron desde siempre en su catálogo a novelistas, poetas, ensayistas y académicos de filiación marxista de todo el continente y crearon el clima que, ya en los años setenta, hizo posible que a Ángel Rama, exilado en Caracas y quien, según se

lee en su cascarrabias diario del exilio, renegaba de lo que entendía meramente como una “democracia formal”, fachada de intereses burgueses e imperiales de las compañías petroleras, le fuera encomendada la creación de la muy prestigiosa Colección Ayacucho.

Una anécdota cinematográfica dará mejor cuenta del clima plural de aquel entonces. La política de subsidio al cine nacional comenzó durante el primer mandato del presidente Carlos Andrés Pérez (1974-1979) y llevó a la pantalla una muy laureada versión de *País portátil*, la novela del venezolano Adriano González León que en 1968 obtuvo el premio Biblioteca Breve de Seix Barral.

País portátil narra un día en la vida de un guerrillero urbano caraqueño. Fue el primero de una larga serie de abnegados y sufrientes guerrilleros guevaristas que, aun rendidos en la vida real, cobraron tanta vida en el cine nacional, vindicando sus ideas y denunciando violaciones a los derechos humanos, que el mismísimo Rómulo Betancourt, fervoroso cinéfilo ya apartado del poder, al pedirle un comentario sobre *País portátil, the movie*, se quejó en la prensa de que fueran los derrotados quienes contaran la historia de la exitosa lucha antiliberal dirigida por él durante su mandato.

Ni siquiera el despechado reclamo del llamado “Padre de la Democracia” modificó la política de créditos cinematográficos. Puede añadirse que, gracias a ella, la guerrilla castrista ganaba donde ya no podía hacer daño: en el cine. Y en el cine venezolano, que, a decir verdad...

3

Traigo ahora dos nostalgias: una lo es del magnífico ciclo cumplido durante veinte años por el Festival Internacional de Teatro de Caracas, precursor y luego hermano mellizo del de Bogotá, y hoy eliminado por completo de los planes culturales del gobierno bolivariano.

La otra nostalgia remite al que quizás haya sido el mejor triunfo de la pluralidad entre nosotros: la creación, por decreto del presidente Leoni, del Premio Internacional de Novela “Rómulo Gallegos”.

La nómina de ganadores es ya larga, y se lee como un libro de superlativos de la novela contemporánea en nuestra lengua: Vargas Llosa, García Márquez, Fuentes, Fernando del Paso, Javier Marías, Roberto Bolaño, Enrique Vila-Matas, Ángeles Mastretta, Fernando Vallejo. Hoy, merced a la conformación de jurados afectos al régimen chavista, el premio va camino de ser una prolongación, aún más decadente, del Casa de las Américas.

No hay venezolano culto que no sepa de memoria el célebre “introito” del primer poema de *Los cuadernos del destierro* (1960), libro inaugural del poeta Rafael Cadenas, concebido en los años cincuenta durante un exilio político en Trinidad: “Yo pertenecía a un pueblo de grandes comedores de serpientes, sensuales, vehementes y aptos para enloquecer de amor.”

Cadenas (Barquisimeto, 1930) ha sido distinguido este año con el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances que otorga la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. Con ello ingresa a un índice en que descuellan Juan José Arreola, Eliseo Diego, Nérida Piñón, Nicanor Parra, Juan Marsé, Carlos Monsiváis, Tomás Segovia, Julio Ramón Ribeyro, Cintio Vitier, Rubem Fonseca...

Sin embargo, esta distinción no ha merecido acuse de recibo por parte de las autoridades culturales del país. Cadenas, en tanto que adversario político, no existe como poeta. Así, páginas web oficialistas no le han ahorrado a Cadenas toda clase de ofensas y vilipendios. Cosas igualmente infames ocurrieron cuando otro poeta venezolano, Eugenio Montejo, fallecido el año pasado, recibió en 2004 el Premio Internacional Octavio Paz de Poesía y Ensayo.

4

Esta entrega iba a ser un memorial de los desafueros del chavismo contra la libertad de creación. Justo al sentarme a escribirla, llegó la noticia del resonante estreno del joven e indiscutible Gustavo Dudamel como director de la Filarmónica de Los Ángeles. Dudamel, según propia declaración, es hechura del programa

cultural más exitoso que tuvo alguna vez la democracia en Venezuela: el Sistema Nacional de Orquestas Juveniles. La buena nueva me dictó otra estrategia y preferí dar cuenta de todo, o casi todo, lo perdido.

Perdonen la tristeza. —

— IBSEN MARTÍNEZ

LITERATURA LA HORA INFELIZ

El arco de poco más de tres décadas que va de *Angels* (1977), fabuloso debut novelístico recién rescatado por Anagrama con el título de *Ángeles derrotados*, a *Nobody Move* (2009), gran homenaje chandleriano publicado originalmente por entregas en *Playboy*, es en realidad la bóveda que Denis Johnson (1949) se ha dedicado a construir para proteger a los prófugos del *American dream* de las inclemencias editoriales de nuestro tiempo. Tránsfuga él mismo del *establishment* cultural, que empieza a otorgarle el reconocimiento que merece —en 2007 obtuvo el National Book Award y fue finalista del Premio Pulitzer gracias a *Árbol de humo*, alucinante retorno a la locura de Vietnam—, Johnson vivió una niñez y una juventud signadas por la errancia. Nacido en Múnich, residió en diversas ciudades de Asia —Manila y Tokio entre ellas— merced a la labor diplomática de su padre antes de establecerse en Estados Unidos, donde su mudanza continuó: se educó en Virginia pero se licenció en la Universidad de Iowa; se desempeñó brevemente como profesor en el Lake Forest College de Chicago para luego realizar trabajos esporádicos en el área de Seattle; fue maestro en la Prisión Estatal de Arizona —una experiencia que le proporcionó el *background* necesario para *Angels*— y al ganar una beca del Fine Arts Work Center de Provincetown se reubicó en Massachusetts, donde ocurre la trama de bordes filosóficos de *Resuscitation of a Hanged Man* (2001); posteriormente se trasladó a California, el espacio físico y



Denis Johnson y los prófugos del American Dream.

anímico en que se desarrollan *Already Dead: A California Gothic* (1997) y *Nobody Move*, y por fin se avencinó en Idaho, donde a la fecha radica con su tercera esposa. Marcada por una adicción al alcohol y la heroína que fue tratada un año antes de la aparición de *Angels*, la existencia trashumante de Johnson ha permeado un corpus que abarca ocho novelas, un extraordinario libro de cuentos (*Hijo de Jesús*, 1992) llevado al cine por Alison Maclean, cuatro volúmenes de poesía reunidos en un tomo de título apocalíptico (*The Throne of the Third Heaven of the Nations Millennium General Assembly*, 1995), una inquietante compilación de artículos y ensayos (*Seek: Reports from the Edges of America & Beyond*, 2001) y varias obras de teatro (*Shoppers*, 2002). Todo este trasiego entre distintos géneros y geografías, sin embargo, no ha podido cambiar la voz de Johnson, que resuena diáfana en el paisaje de la literatura estadounidense actual para edificar una de las filiales más expresionistas del realismo sucio, un albergue donde los desterrados del *American way of life* encuentran una acústica inmejorable para transmitir sus sueños rotos, sus pesadillas sembradas de epifanías que les permiten alcanzar al menos una redención utópica.

El impulso epifánico, fruto de un lirismo casi religioso que alimenta el flujo narrativo como una luminosa corriente subterránea, es lo que distingue a Johnson de tantos otros autores

empeñados en hurgar en el extrarradio de la sociedad para localizar historias. En medio de las tinieblas que rodean al yonqui anónimo que vaga por los once relatos de *Hijo de Jesús* destella un pueblo conquistado por la blancura al cabo de una granizada feroz, la puerta al fondo de un pasillo de hospital bajo la que se filtra un fulgor que remite a diamantes incinerados, la certidumbre de hallarse en este planeta porque no se puede tolerar ningún otro sitio. En la Florida posterior a la guerra nuclear de *Fiskadoro* (1985), habitada por seres que cargan con su extraterritorialidad a cuestas, el mar “hacía lo que siempre parecía hacer, que era desplegar sus innumerables dedos sobre la tierra para quitarle un pequeño trozo cada vez. Y los hombres estaban allá, peinando el mar en busca de peces. Y el mar se quedaba con algunos de los hombres”. Carl Van Ness, el psicópata devoto de Nietzsche que en *Already Dead* es contratado para asesinar a la mujer de un rico cultivador de marihuana, llega al condado de Mendocino —una de las escalas en el periplo vital de Johnson— para toparse con una sábana de nubes que esconde el Pacífico y lo obliga a pensar que California se reduce al cielo. Michael Reed, el profesor que naufraga en un campus del Medio Oeste en *El nombre del mundo* (2000), descubre a pesar del luto por su esposa y su hija la “capacidad del universo para provocar nuestro deleite mostrándose, como una caracola en una playa larga y vacía”. En el portentoso arranque de *Árbol de bumo*, el aprendiz de marino William Houston Jr. se interna en la jungla filipina y dispara contra un mono que suelta un llanto mudo e insólito antes de morir, desatando en el joven una angustia cósmica: “Sintió que todo era su culpa, y sin nadie alrededor que lo viera, se echó a llorar como un niño. Tenía dieciocho años.”

Ese joven crecerá para convertirse en el *drifter* alcohólico que en *Angels* emprende una odisea rumbo al cadalso acompañado por Jamie Mays, una mujer que decide huir de la infidelidad conyugal arrastrando a sus dos hijas. De Oakland a Pittsburgh y de ahí a

Chicago, donde Jamie es violada en un pasaje perturbador, estos *losers* irredentos intentan en vano curarse las heridas que los conducen hasta Phoenix, donde sus caminos se bifurcan: luego de un malogrado asalto bancario en el que participa James, su medio hermano que también protagoniza *Árbol de bumo*, William Houston Jr. acaba en el corredor de la muerte de la Prisión Estatal de Arizona mientras Jamie recalca en un psiquiátrico por su adicción a las anfetaminas. Fugitivos de la sociedad y aun de sí mismos son igualmente Jimmy Luntz y Anita Desilvera, la pareja que encabeza el peregrinaje de *Nobody Move*, que junto con *Already Dead* integra una suerte de díptico californiano (las novelas transcurren en el sur y en el norte del estado, respectivamente). Acosado por deudas de juego que generarán una escalada de violencia no exenta de un filón irónico, Luntz empaqueta su ruta con la de Anita en el bar de un hotel aeroportuario en el que ella, rendida al devaneo étfico detonado por su divorcio, se pregunta al cabo de enterarse que la hora feliz implica activar el karaoke: “¿Por qué dicen que es feliz y que dura una hora? La hora feliz dura dos desdichadas horas.” Lo que no puede saber, por supuesto, es que la hora infeliz padecida por ella y toda la familia de descastados fundada por Denis Johnson se traduce en una sucesión de momentos de gran literatura para júbilo del lector. —

— MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS

